

# Una viajera ilustre en Chile: María Graham, Lady Calcott

por

*Eugenio Pereira Salas*

El siglo XIX produjo en abundancia y calidad ese tipo humano interesante que llamamos por antonomasia viajeros, tal vez para distinguirlo de ese estereotipado personaje contemporáneo: el turista, que aflige a veces con su presencia el paisaje y la sociabilidad nacionales.

El viajero paladeó el sabor, el olor, y el color del mundo, y tuvo la disposición de ánimo y el talento narrativo para transmitirnos en una prosa objetiva la individualidad de los hechos vistos y oídos. Sus libros son en conjunto una geografía animada, en que el folklore vivo y palpitante pone la nota pintoresca y la historia, la presencia del dinamismo del tiempo. El viajero sabía distinguir las formas; amaba la naturaleza y dispuso del tiempo necesario para ver morir lentamente un largo crepúsculo; gusta de las cosas esenciales, y hace el elogio de los frutos de la tierra como lo hiciera María Graham, desde la primera salida a los caminos del mundo, al describir la dulce chirimoya.

Estas razones justifican el profundo interés con que todavía se leen estos relatos clásicos, y por esa misma razón se siguen traduciendo y reproduciendo las páginas de María Graham, para nosotros el testigo visual y literario de una época en que Chile era un país agrario, rústico y patriarcal, pero con el porvenir

ardiendo en sus entrañas mineras, en su gleba angosta y fecunda y en la pujanza de sus hombres.

El viajero, a comienzos del siglo XIX, mantenía la lógica racionalidad heredada de la época de la ilustración, pero al mismo tiempo, en sus observaciones anunciaba al romanticismo que iba ganando la conciencia espiritual de Europa. Eugenio Delacroix trae del Africa del Norte muchas sugerencias y una intensa luz que hará estallar en sus telas que marcan época; en la prosa de Chateaubriand resuena el esplendor de la naturaleza americana.

Es María Graham, con sus méritos y defectos un arquetipo de viajero; lo fue hasta su muerte, y en su postración de inválida, entre los años de 1836 a 1842, va dictando a su amiga Carolina Fox, con mortal intermitencia, los hechos múltiples de ese largo viaje que resume su privilegiada existencia...

"Cerca del puerto menor de Cockemouth, en la región de Cumberland —dictaba con los ojos puestos dolorosamente en el pasado—, hay una secular plaza romana cuyo moderno nombre es Papcastle. Allí nació el 19 de julio de 1775<sup>1</sup>.

De vieja raigambre británica, su padre era el hijo menor del hermano menor de Dundas of Manor, árbol genealógico que podía dibujar con claridad hasta sus raíces en el siglo XIII. Su padre, marino de profesión, había prestado valiosos servicios en los aciagos días en que la Revolución de la Independencia cortaba los lazos coloniales entre Europa y América.

En 1773, licenciado a media paga, el marino de mil puertos vino a acogerse al merecido descanso, formando hogar con la encantadora Miss Thompson, conocida en el mundo social de Liverpool por el remoquete de "el ruiseñor de Virginia", aludiendo a la vez a su lejana tierra de origen y a su hermosa voz de soprano.

María, la hija mayor, creció en Strangford en paz virgiliana. Cultivaba con sus manos una lonja de jardín. Las flores fueron su

<sup>1</sup>Véase, Rosamund Brunel Gotch, *María, Lady Callcott. The creator of "Little Arthur"*. London, 1937.

pasión temprana; cuidaba, asimismo rumorosos colmenares, y a horcajadas en su pony, recorría acompañada de su hermana ese mundo maravilloso, microcosmos de la naturaleza. En su alma inquieta, precozmente iba penetrando la cultura con la diaria meditación de la *Biblia* familiar y el conocimiento de Shakespeare, modelo de la formación británica. A los nueve años de edad ya podía observarse en ella un premodelo de su futura personalidad: menuda para sus años, su cuerpo desgarrado, de altas espaldas, terminaba en extremidades mal conformadas, que parecían imprimir pesadez a sus miembros. Pero su menguado físico juvenil estaba compensado en lo espiritual por las condiciones innatas de una inteligencia casi varonil. Estaba henchida de curiosidad, que iba saciando lentamente, sin apremios nerviosos, en un aprendizaje metódico y regular, que presidía el abate Charles Louis Cabart. El caudal de lecturas era constante, y constituía su deleite proyectarse hacia la antigüedad clásica leyendo apasionadamente los poemas homéricos, *La iliada* y la *Odisea*, en las traducciones pulidas del neoclásico Pope. A ratos se inclinaba por la trágica aventura de los amores de Dido y Eneas, en la traducción de Virgilio, hecha por Dryden; pero lo fundamental fue la nota poética; a través de su admiración por Shakespeare adquirió para toda la vida, "una inclinación por la poesía inglesa que no cambiaba por el oro o la plata".

La nota científica de su aprendizaje fue dada por la botánica, y en adelante pudo describir, conforme a los principios del texto de Whitering, las especies vegetales de su huerto y el contorno.

El carácter parecía formado, y dentro del equilibrio de su temperamento habitual, la acometía a ratos un impulso dinámico que la arrebatava hasta la cólera. A los quince años, en una pubertad difícil, mientras un sedoso pelo negro va ocultando su largo cuello, aborda campos intelectuales más amplios. No se contenta con la lectura en voz alta de Dante, Ariosto y Gibbons, quiere plasmar la realidad que la circunda.

El pintor William de la Motte (1775-1873) uno de los múltiples discípulos del pintor americano Benjamín West (1738-1820) el autor del popularísimo cuadro histórico la *Muerte de Wolfe*, más conocido con el nombre de President West por su posición directora en la *Royal Academy* de Londres, puso en sus manos los pinceles, los aceites y las pinturas y le señala modelos de marinas y paisajes en sus lecciones perfectamente académicas. A la rutina semanal de estas lecciones prácticas, agregó pronto María Graham su adhesión dinámica a los principios estéticos de Sir Joshua Reynolds, doctrina que apasionó a la juventud británica.

La existencia de María Graham es, por esos años decisivos, agradable y placentera; frecuente a la Universidad de Oxford; acude a visitar a sus amistades, los emigrados franceses de la Revolución que se reúnen en Richmond; asiste a las representaciones teatrales y sigue con atención el intenso movimiento dramático que distingue a la Inglaterra del siglo XIX.

La influencia familiar le abre derroteros; su tío la ayuda en sus estudios de historia, comentando sus lecturas. Su hermano mayor y su padre le descubren la inefable aventura del mar, la gran ventana abierta a su destino. Es la perfecta dama de sociedad que se prepara para la vida de relación en un ambiente refinado. Tendría que esperar que sonaran los plácidos 23 años de su existencia para vivir intensamente aquello que era la verdad cotidiana en sus libros.

## LA PRIMERA AVENTURA

### *El Oriente*

El 30 de diciembre de 1808, María se embarcó con su padre y familia rumbo a Bombay a bordo del buque de guerra de S. M. Británica *Cornelia*. Su hermano iba a desempeñar en la India el alto cargo de Comisario de Marina. En la dotación de la nave

figuraba el teniente Thomas Graham, de la familia de los Graham de Fintry. De inmediato, en presencia del joven marino, María siente en su pecho una sensación desconocida que la acerca a ese hombre, "amable, de rápida percepción, de excelente carácter". La vida pareció, sin embargo, proseguir normalmente. Mr. Paterson la deleitó con el conocimiento de la psicología escocesa, pero su deslumbramiento literario fueron las novelas históricas de Walter Scott, que la adentraron en el mágico mundo de la visión retrospectiva. Las horas de a bordo corrían deliciosas; y en los puertos la experiencia directa de nuevos países moldeaba sus reacciones un tanto librescas. En Funchal toma contacto con los frutos semitropicales. En la ciudad de El Cabo se entretiene recogiendo semillas de plantas extrañas. Sufre el choque de culturas y estudia a los hotentotes. El amor, sin duda, embelesó su travesía y una noche —"cielo e mare"— el joven teniente y la joven viajera "prometieron vivir el uno para el otro".

El 9 de diciembre de 1809 contrajeron matrimonio. La pareja reside hasta el año de 1811 en Bombay. María prepara un libro. Se empapa de lecturas orientales. En *Sakuntala* aprende el refinamiento del drama hindú; se deleita con la suave poesía del cantor de las rosas, el persa Hafiz; viaja intensamente por la India; Calcuta, los templos subterráneos. . .

La cronología de su vida parece correr por dos cauces: el goce de su felicidad matrimonial y la preparación de su obra. Quiere e intenta aprender el idioma chino.

Al volver a su patria, en 1815, permanece María Graham largas temporadas en Escocia, donde lleva una activa vida social. En Londres la absorbe la preocupación literaria. Su editado libro sobre la India, que tuvo cierta repercusión como guía seguro en los detalles objetivos, carece, sin embargo, de esa nota directa que ella advierte en sus ídolos poéticos. Lee con dificultad a Lope de Vega que la prepara para la futura comprensión del mundo hispanoamericano, pero sus inclinaciones sentimentales la llevan a Ita-

lia, donde se rinde a la dulzura italiana. Sus meses de turismo le dan el material para una nueva obra, *Three Months in Rome*, que ilustra Sir Charles Lock Eastlake (1793-1865), "con sepias de graciosos bandidos y elegantes campesinos", toque decorativo de este erudito historiador a quien se deben las decoraciones del Parlamento Británico. El nombre de Eastlake atrajo la atención pública hacia este libro que era un buen guía para conocer esa Roma moderna que iba surgiendo a la manera de una guirnalda de flores entre las históricas ruinas inmortales del viejo Imperio.

En 1821, el teniente Graham recibe una misión oficial delicada y apremiante. Debe zarpar a bordo de *H. M. S. Doris*, fragata de 42 cañones, con el objetivo de vigilar la integridad de los intereses británicos amenazados en el fragor de las luchas de la independencia en Sudamérica.

Al recalar en las Islas Madeira, María Graham parece haber recuperado sus dormidos instintos artísticos. El aprendizaje académico le había procurado su sentido técnico de la perspectiva y de las proporciones; sus ojos sabían captar bien los detalles del paisaje, pero nunca logró maestría en el tratamiento anatómico de la figura humana.

El amor a la naturaleza y sus conocimientos botánicos, le permitieron hábiles esquemas de árboles y de flores, punto de partida de su talento de ilustradora que le permitió subrayar la fácil palabra de sus escritos con el rasgo plástico del dibujo y del color.

En la isla sirve de guía a los jóvenes guardiamarinas para quienes, lo mismo que para ella en 1809, eran una novedad la palmera, la yuca, la banana y la caña de azúcar. Penetra con respeto a la antigua iglesia de Funchal, fundada por la noble empresa del príncipe lusitano don Enrique el Navegante, el precursor por antonomasia de la odisea oceánica. Disfruta de los encantos de la noche en el clima meridional, pero prefiere "el océano que nunca la cansa en su suave y pacífico deslizarse".

La *Doris* continúa a Tenerife y a la Isla del Hierro, el fin del mundo antes de Cristóbal Colón, y el primer meridiano de la navegación moderna. Ingenuamente, como todos los viajeros del mundo, la tripulación del navío celebra las fiestas de Neptuno con el tradicional zambullón.

El 21 de septiembre acosta la *Doris* la tierra del Brasil, en las inmediaciones de Pernambuco, María Graham quien viene a bordo a cargo de la enseñanza de los bisoños marinos, tiene ahora que transformarse en profesora de historia, de esa historia viva y palpitante, de la insurrección autonomista del continente americano.

Allí la conoció nuestro gran memorialista Vicente Pérez Rosales, que al tenor escribe: "Ingrato por demás sería sino consagrarse a la memoria de la sabia escritora María Graham, el recuerdo del sincero agradecimiento que le debo". Tal vez ella dio al escritor sus primeras lecciones de dibujo<sup>2</sup>.

En su *Diario* que a duras penas puede sacar en limpio, adopta una técnica descriptiva que le permite dar la sensación unánime de la totalidad de un país.

En Bahía, la inteligente viajera, así escribe su traductor brasileño el profesor Americo Jacobina Lacombe, "visitó iglesias y fortalezas y dejó algunas instantáneas únicas en la vida íntima de la familia bahiana no siempre lisonjeras, pero jamás calumniosas". Su sorpresa mayor fue, en la parte humana, el tráfico de esclavos que le arranca condolidas palabras humanitarias.

Su impresión al llegar a Río de Janeiro es de pasmo estético ante el paisaje: "nada de lo que había visto hasta la fecha, la Bahía de Nápoles, el Firth of Forth, el puerto de Bombay y de Tricolomas poseía este perfecto género de belleza", que contemplaba al penetrar en la capital carioca. Esta sensación de belleza la acompañó en toda la gira. A cada rato sentía "que la naturaleza llamaba a un poeta o a un pintor" para inmortalizar esa naturaleza pri-

<sup>2</sup>V. Pérez Rosales, *Recuerdos del pasado*. ed. 1910, p. 59.

vilegiada. Pero vivió también la realidad histórica circundante. Frecuentó los hogares de distinguidas familias fluminenses: el de la Viscondesa de Rioseco, el de la Baronesa de S. Salvador dos Goitacazes y a sus coterráneos Sir Thomas Hardy, Comandante de la Estación Naval Inglesa en la América del Sur, a Mr. William May y a un extraño y misterioso general napoleónico, el Conde de Hogendrop<sup>3</sup>.

La visión pictórica de Pernambuco y de otras localidades brasileñas, las entregó María Graham a un joven colega, el pintor inglés Augustus Earle (1793-1842), cuya interesante biografía ha sacado de la penumbra el profesor norteamericano David James. El "joven artista", como ella lo llama, debía acompañar más tarde a Charles Darwin en su trascendental gira científica y a enlazar en su existencia la pintura de América y de Australia<sup>4</sup>. La sensibilidad de Earle debió sorprender el espíritu de María Graham, pues representaba algo más cerca del tumulto romántico, que habría más tarde de seducirla en sus sucesivas peregrinaciones.

El día 24 la pareja sabe que la *Doris* debe continuar viaje a Chile. María está intranquila, le angustia la enfermedad de su marido y desde la despedida en Brasil el día 10 de marzo el medio ambiente parece una preparación escenográfica para la tragedia final: el paisaje antártico de *icebergs*, que tamizan la luz en tonalidades lúgubres; siete noches de oscuridad y tempestad, al lado del lecho del enfermo, forman un cuadro de extrema desolación. La noche del 20 de abril, fue a cama por primera vez desde Río. "Dormí largamente y descansé, pero al despertar me anegó el sentimiento de estar sola, de estar viuda".

"Sola y en medio de un gran silencio", transcurren los primeros días chilenos de María Graham, en la casita que domina el

<sup>3</sup>María Graham, *Diario de uma viagem ao Brasil*. Tradução e notas de Americo Jacobina Lacombe. Biblioteca pedagógica brasileira. Serie v, Vol. III.

<sup>4</sup>David James: *Un pintor inglés no Brasil do primer reinado*, Rio de Janeiro, 1955. Separata da "Revista do Patrimônio e artístico Nacional".

puerto de Valparaíso. La vida comienza pronto a recomponerse. "He llegado aquí —escribe— hambrienta de bondad y de ternura y la he recibido de todos". Su actitud literaria y sentir se han humanizado con el dolor que le causa la prematura desaparición de su joven marido. Las cosas fundamentales de nuevo la van acicateando. "La poesía de la vida —escribe— no ha muerto, pero empiezo a sentir que los versos de Grabe son más reales que los de lord Byron".

La poética vagancia de María Graham por las quebradas de Valparaíso, "tentada por la sorprendente del tiempo y la suave frescura del aire", se transformó en su *Diario* en un cuadro idílico de la vida chilena en esos años de inquietud renovadora. Sin quererlo traza el perfil del tipo de sociabilidad que habíamos heredado de la época colonial. Su método descriptivo lo define ella misma: "He echado una ojeada a mi Diario en las últimas seis semanas y he encontrado que tiene semejanza con una galería de pinturas, en que hay cuadros históricos, retratos, países, naturalezas muertas, flores uno al lado del otro. Cada paisaje pretende ser una unidad, independiente, completo. . . Sus héroes son personajes libres, no puedo —como un novelista apunta— obligarlos a figurar en mis páginas a mi satisfacción y gusto, sino que se gobiernan por sí solos".

Comienza describiendo lo más inmediato: su casa que es, a su juicio, el más acabado tipo de la vivienda chilena: consiste en un pequeño zaguán de entrada y una espaciosa antesala de 16 pies cuadrados, a un extremo de la cual sale una puerta que da a un oscuro dormitorio. Este es el cuerpo principal. . . Tiene al frente un amplio balcón con vista al sureste. . . El interior es aseado, las murallas están blanqueadas y el techo entablado, porque los cielos de estuco no resistirían los fuertes temblores, de los cuales tuvimos anoche uno bastante intenso. . . Ninguna casa de la clase media tiene más de una ventana, generalmente sin vidrios resguardada con barrotes de madera tallada o con rejas de fierro".

Le llama la atención a la viajera el interior de la casa, arreglo que atribuye al origen morisco: "al lado de la ventana, un largo banco cubierto con una especie de burdo tapiz de Turquía, hecho aquí, ocupa casi todo el largo de la habitación y delante hay una plataforma de madera, que llaman *estrado*; se levanta unas seis pulgadas del suelo, tiene cerca de cinco pies de ancho y está cubierto con un tapiz de la misma clase; el resto del piso es de ladrillo desnudo, una hilera de sillas de respaldo alto ocupa el costado opuesto de la sala, en una mesa que hay en un rincón, veo, bajo un fanal un curioso trabajo religioso, algo como para los niños: es un pequeño Jesús de cera, de una pulgada, que retoza en las faldas de una Virgen, rodeados por San José, los bueyes y los asnos, todo del mismo material y decorado con musgo y conchitas".

En contraste con esta habitación burguesa, María Graham hace el contrapunto con las populares: "Los pobres viven en chozas semejantes a las viviendas primitivas de todos los países, pero están construidas aquí con menos cuidado, por ser el clima tan suave".

Con prolijidad femenina describe el traje de los chilenos que encuentra parecido al de los campesinos del sur de Europa: "camisa y calzoncillo de lienzo, chaqueta, chaleca y calzones cortos de paño con franjas de color en las costuras, abiertos y desabotados en la rodilla para dejar ver los calzoncillos. En la vecindad de Valparaíso, sin embargo, está prevaleciendo el uso de los pantalones largos. Entre la clase acomodada los hombres usan medias blancas de algodón o de lana y en vez de zapatos se ponen zuecos de madera o bien ojotas, pedazos cuadrados de cuero, a los cuales se les da forma amarrándolos a una horma mientras están frescos todavía, para que queden ajustados al pie. Las mujeres llevan los cabellos peinados en una gruesa trenza que cuelga a la espalda, usan un pañuelo de color amarrado a la cabeza y encima un sombrero de paja afianzado con un lazo negro..." María

Graham hace el elogio del poncho, prenda de vestir exclusiva de la América del Sur que: "consiste en un pedazo de paño cuadrado, con una abertura en el centro, lo bastante ancha para dejar que pase la cabeza, y en particular es muy conveniente para andar a caballo porque deja los brazos libres y protege completamente el cuerpo".

Las costumbres están deliciosamente descritas. La viajera da importancia a los entretenimientos y sostiene una doctrina lúdica similar a la que Huizinga postulara con genialidad, en nuestros días". Varios juegos se practican aquí tal como en Europa y en el Oriente, y con seguridad fueron introducidos por los españoles. La especie de golf que en Persia se juega a caballo, se practica aquí a pie en la misma forma. En las casas hay predilección por las cartas, los dados y el billar; en el aire libre se juega al palitroque y al volantín; a este último se dedican jóvenes y viejos". Se deleita contemplando el juego de los bolos que es para ella una novedad". Tengo la seguridad de que no hay peón de la vecindad que no haya perdido y ganado alternativamente, no sólo todo su dinero, sino hasta la camisa, por lo menos media docena de veces al año, en este juego".

María Graham quiere verlo todo, pero con calma británica, se pasea por las tiendas y los mercados, analizando las mercaderías que allí exhiben los comerciantes de diversas nacionalidades. De Francia recuerda a "una modista muy aceptable"; en las tiendas inglesas admira la variedad de artículos, fabricados, según ella, para ajustarse, "a los rudimentarios gustos trasatlánticos". Asiste a las fiestas religiosas. Ataviada con la mantilla a la española, toma parte en las festividades del Corpus; sigue la procesión de San Pedro: "unos ciento cincuenta botes y canoas, adornadas con los colores nacionales, que van remando por la bahía, encendiendo cohetes y deteniéndose delante de cada iglesia y de cada caleta de pescadores para entonar un himno".

Se arrodilla, rezando con extremado fervor, a pesar de sus prejuicios de protestante, el día de la Virgen del Pilar, patrona de los marineros.

Concurre a las festividades campesinas, asiste a un rodeo que describe con precisión. Le entusiasma el jinete chileno y nos transmite el equipo completo de un huaso en los años de la Independencia: "un par de toscas polainas de paño, muy sueltas, que llegan hasta más arriba de la rodilla, amarradas con tiras de colores, defiende las piernas; y un enorme par de espuelas con rodajas de tres pulgadas de ancho, forma el equipo. Estas espuelas son a veces de cobre, pero el mayor orgullo de un chileno es de tener de plata los estribos y los adonos de las riendas".

"Estas se hacen ordinariamente de correas trenzadas, muy bien trabajadas, y terminan en un ramal de cuerdas, también de correas trenzadas, que sirve de látigo. El freno es sencillo, pero muy recio. La silla consiste en un armazón de madera colocada sobre ocho o nueve pedazos de paño, de alfombra y de pellejo; y sobre este armazón, van todavía otros tantos cueros, peinados y teñidos de azul, de castaño o de negro; sobre todo esto, los más acomodados usan una especie de cubierta de silla de cuero muy suave y bien armada . . . Completan estas monturas de tan peculiar apariencia, los sencillos estribos de plata, que tienen presillas del mismo metal en las acciones; pero cuando se trata de largos viajes por las montañas, se reemplazan por una especie de cajas talladas, muy pesadas, sumamente anchas, con objeto de defender el pie, contra espinas y ramas".

María Graham es asidua contertulia de las familias inglesas. Visita el hogar del Dr. Craig; de los Hoseason, Secretario de Lord Cochrane; del famoso pedagogo Thompson, el introductor del sistema de la enseñanza mutua llamado Lancaster; frecuenta también las familias chilenas, principalmente la esposa del Gobernador Zenteno. Comparte así la cocina inglesa que le es familiar y le sirve de punto de comparación con la gastronomía

chilena, exótica para ella, pero que la deleita con sus especiosos manjares. Paladar refinado y aguerrido en la cocina regional del Oriente, sabe describir el orden clásico del almuerzo chileno: "Lo primero que apareció —escribe después de una de sus visitas— fue una pequeña fuente de barro que contenía médula cocida, y se nos invitó a untar en ella el pan que a cada cual se nos había dado, lo comí con gusto alabando en especial el pan de campo que cuadraba muy bien con la médula derretida". Después de este aperitivo se enfrentó con una gran fuente de charquicán. Que define: "es carne fresca de buey muy hervida, pedazos de charqui o carne seca, rebanadas de lengua, tomates, calabazas, papas y otras legumbres cocidas en la misma fuente, la dueña de casa comenzó a servirse a la criolla, es decir (estamos en 1823) con los dedos. Sin embargo, la hija trajo luego a cada uno de los comensales un plato y un tenedor, diciendo que conocía esas costumbres". El charquicán bueno y bien cocinado, mereció los elogios de la distinguida viajera, lo mismo que el guiso de ave despedazada, dispuesta en torrejitas y espolvoreada con yerba picante; los menudillos de ave y la sopa que siguieron. De postre se le ofreció un pocillo de ulpo que la autora compara con "milk-brode" escocés.

Sobre las bebidas es también acucioso su *Diario*, deteniéndose de preferencia en la aloja, "esa infusión de culén, canela y un poco de almíbar" que encuentra agradable y saludable. Aprecia los vinos chilenos dulces y gruesos y regusta un asoleado semejante al vino de Tenerife. Aprecia igualmente el aguardiente pero cree que se lo echa a perder "con la infusión de anís". No le apetece la chicha "algo así como la sidra ácida".

Pero la nota principal de las vagancias de María Graham por las quebradas y los jardines de Valparaíso, son las flores y los árboles. Tenía una tremenda sensibilidad para percibir la belleza perenne de las plantas, que según ella "sobrepasan en hermosura a muchas de las nuestras pero sin embargo, las extranjeras

son tratadas con injusta preferencia". Se deleita con las rosas, claveles, y jazmines, con la "flor de la viuda", que los niños le traen a manos llenas; con las humildes variedades de yerbas; el hinojo, la salvia, el tomillo, la menta y la ruda. Se detiene a la vera del camino para admirar la esbeltez de la palma chilena, "diferente a todas las que he visto en el mundo"; se pasea por las fragantes arboledas. Recoge en los senderos arenosos amapolas amarillas, malvas y toda la gama silvestre del país.

Tan activo como su pluma se mueve incansable el pincel para atrapar en el golpe rápido de la acuarela esa realidad que quiere eternizar en el recuerdo. A las vistas de la Iglesia Matriz de Valparaíso, y los esquemas marítimos que acompañan en ilustración la primera edición de su *Journal of a Residence in Chile*, podemos agregar los inéditos que se conservan en el Museo Británico de Londres<sup>5</sup>.

En junio de 1822 están fechadas esas poéticas visiones de la Laguna Verde, paisaje que define en las líneas donde el mar y la arena se disputan el perfil de la costa. En los contornos empinados, describe el rancho chileno que explica con deleitación sociológica en las páginas de su Diario.

Busca María Graham los lugares pintorescos, y no se sacia de contemplar la naturaleza otoñal, de luz pálida, que logra describir con la leve técnica de subrayar el contorno, llenando con el aire del silencio el artístico vacío que logra suspender la línea rocosa del anfiteatro de los cerros porteños.

Concón pasa a ser otro de los temas de su inspiración, y la humildad del caserío nos retrae a esa sencillez agraria de los comienzos del siglo XIX.

<sup>5</sup>Los dibujos y acuarelas inéditas de María Graham que reproducimos se describen en la obra de Lawrence Binyon, *Catalogue of Drawings by British Artist preserves in the British Museum*, London, 1898. Estos dibujos fueron obsequiados por Sir A. W. Calcott, en abril de 1845. Debemos estas copias fotográficas a la gentileza de nuestro amigo el profesor e investigador norteamericano Mr. David James, de la Universidad de Brown.

La palmera chilena en su verticalidad elegante le sirve de *leit motiv* en la temática sencilla y espontánea del que sabe mirar sin reservas lo real inmediato.

El 22 de agosto María Graham decide viaje a Santiago. Elige el antiguo camino carretero, y por los llanos de Peñuelas, alcanza la primera posta de Casablanca, en que un negro británico le ofreció una excelente comida y un almuerzo mejor aún.

Admirando paisajes y asombrándose “por no haber oído nunca elogiar la belleza de este camino”, alcanzaron el Cajón de Zapata, en cuya cumbre distinguió nevadas montañas en el horizonte. En Curacaví pernoctaron los viajeros y poniéndose nuevamente en ruta a las 7 penetraron por la Cuesta de Lo Prado. En la cumbre aparecieron los Andes en su nevada majestad, dominando los numerosos cordones de los cerros más bajos. La siguiente parada fue Pudahuel, desde donde alcanzaron la capital, en el coche que había puesto a su disposición don José Antonio de Cotapos, en cuya casa pasó gran parte de su residencia en la capital.

Al llegar a Santiago su curiosidad la lleva de nuevo a todas partes. Con renovado entusiasmo concurre a las chinganas para oír las canciones amorosas y patrióticas que al son del arpa, la guitarra, el tamborín y el triángulo cantaban los músicos, mientras la multitud se entretenía en haraganear, comer buñuelos fritos en aceite y beber chicha.

Después de esa tarde popular, se inicia en la noche la sociabilidad santiaguina, acudiendo a la tertulia de la familia Cotapos. Apunta: “que jamás había visto tantas mujeres hermosas en un solo día como aquí. No me atrevo asegurar que hubiera entre ellas alguna extraordinaria belleza, pero sí puedo afirmar que no había ninguna fea”. Lo único que chocaba a su refinamiento británico era la voz desapacible, áspera y gritona de esas lindas criaturas.

La descripción que nos da en su *Diario* de la capital es valiosa como testimonio de época. Admira la Plaza y la residencia del Director Supremo, los Tribunales de Justicia y la Cárcel Pública. “El Edificio de Gobierno es bellissimo, pero aún está inconcluso, porque cuando se agregó el Palacio directorial faltó el dinero; sin embargo todo el primer piso es del mismo estilo dórico que el resto . . . en el costado poniente se encuentra la Catedral, inconclusa también y de estilo dórico; el Palacio del Obispo y algunos edificios de menor importancia. En el lado sur hay un portal frente a las casas particulares, cuyos primeros pisos sirven de tiendas de comercio; bajo el portal se ve una serie de puestos por el estilo de los bazares de Londres. En las noches de luna presentan un aspecto muy alegre y lleno de animación. Las damas recorren entonces las tiendas y los puestos, y como están iluminados, la escena es muy hermosa”.

En la noche conoció los históricos Tajamares y paseó por la Alameda “un paseo encantador, con largas filas de sauces y una vista espléndida”.

La visión panorámica la obtuvo desde lo alto del Santa Lucía desde donde contempla: “todo el valle de Santiago hasta la Cuesta de Lo Prado y el Llano de Maipo que iba a perderse en el horizonte, la nevada cordillera, y a nuestros pies la ciudad: sus jardines, sus templos y su magnífico puente, todo iluminado por los rayos del sol, que al ocultarse, proyectaba esos mágicos efectos que los poetas y pintores se complacen en describir”.

Soberbio encontró el edificio de La Moneda, “iba a decir demasiado espléndido para Chile, sin acordarme que el Gobierno español lo construyó principalmente para el ensayo y amonedación . . . Se compone de una serie de bellas columnas y pilastras de estilo dórico, que abarcan dos pisos, los talleres en el interior, y los departamentos de los empleados arriba. Después de atravesar una hermosa puerta, se presenta otro edificio interior seme-

jante a un templo y de el mismo estilo, allí están el tesoro, las prensas y los laboratorios”.

Asiste a una sesión del Congreso en el histórico edificio del Consulado, cuya sala era bella y espaciosa. Quedó muy complacida con su visita y con el deseo “de que pronto el país tuviera un gobierno estable cimentado sobre bases más firmes y más fecundas en resultados prácticos que el presente”.

Amazona en su brioso caballo roano Fritz, toma parte en deliciosas giras campestres que le permiten conocer directamente la vida agraria chilena. En el grupo que capitanea el Juez Prevost, Encargado de Negocios de los Estados Unidos, alcanza hasta las Termas de Colina, donde acuden infinidad de bañistas a curarse el reumatismo, la ictericia y las enfermedades cutáneas. El agua clara surgiendo en varios manantiales a una temperatura de 100°F., llena las cavidades abiertas en las rocas que forman los baños.

Sube otra tarde, a Peñalolén en caravana desde Ñuñoa para ir a la casita de los Egaña, desde la cual se divisa un hermoso panorama.

Visita el paseo del Salto que le da tema para una de sus más acertadas acuarelas, en que trata de captar la belleza cantarina de ese salto de agua que cae desde la cumbre, brincando de roca en roca hasta ocultarse detrás de tupidos matorrales. Recuerda las cascadas de Tívoli y compara las obras de regadío con el canal italiano romano que lleva las aguas del Nera al Belino. Lo atribuye como muchos otros viajeros extranjeros, a la diligencia de los indios araucanos.

Su viaje más largo fue la visita a la Angostura de Paine, a la Hacienda de don Justo Salinas, que le permite valorizar el trabajo de un fundo chileno. Recorre el huerto cargado de árboles frutales; pasa a los corrales de vacas donde lamenta la pésima alimentación. Entra a las bodegas, en cuyas grandes botijas de greda semienterradas se está vinificando el mosto y la chicha. Al

recorrer los potreros se asombra del rendimiento del trigo y la cebada. El dueño de casa se encarga de entretener a la ilustre huésped y en la noche el simpático cantor don Lucas, cuyos rasgos fisonómicos trata de immortalizar la viajera, la entretiene danzando la "Campana", cuya letra para ella incoherente y falta de sentido, transcribe para fortuna de los investigadores del folklore nacional. Escucha a don Lucas, sentado en un rincón de la sala, entonando baladas tristes, una de las cuales reproduce, aquella ya clásica que empieza con los repetidos versos de:

*Llorad, corazón llorad,  
llorad si tenéis porqué,  
que no es delito en un hombre  
llorar por una mujer.*

Desde Paine alcanza hasta la Laguna de Aculeo, cuyo golpe de vista le trae a la memoria el lago Maggiore y sus contornos. En sepia logra destacar unas pataguas de apacible sombra.

De la Hacienda de los Salinas parten en dirección a Melipilla, atravesando el Fundo Viluco, del Marqués de Larraín, cuyo jardín "una joya en su género", estimula su sentido de la belleza. "Sus cuadros de flores —apunta— a la manera de un mosaico presentan variedad de formas. Cada uno de ellos está rodeado de una pequeña acequia y tiene en el centro una pirámide, urna o cesta, primorosamente formada, hecha con troncos de romero y rodeado de alélies, claveles, renúnculos y anémonas".

Lentamente vadeando esteros alcanzan al pueblo de Lonquén, y entre montes de espino prosiguen hasta San Francisco del Monte, Talagante, El Paico y Melipilla. Lo que más llama la atención de la viajera en el recorrido es la extracción de arcilla roja con que se fabrica la tradicional loza de la región. Lo mismo que había logrado en el Almendral de Valparaíso hace en el llano, visitando el taller de una de las más famosas alfareras, a

quien halló ocupada con su nieta en pulir el trabajo del día con una bella ágata. Allí vio fabricar mates, azafates, platos y jarras, de estilo grotesco, hecho por las loceras, además del trabajo masculino de las grandes botijas para el vino, en los hornos esparcidos por el campo, que le recuerdan las necrópolis etruscas.

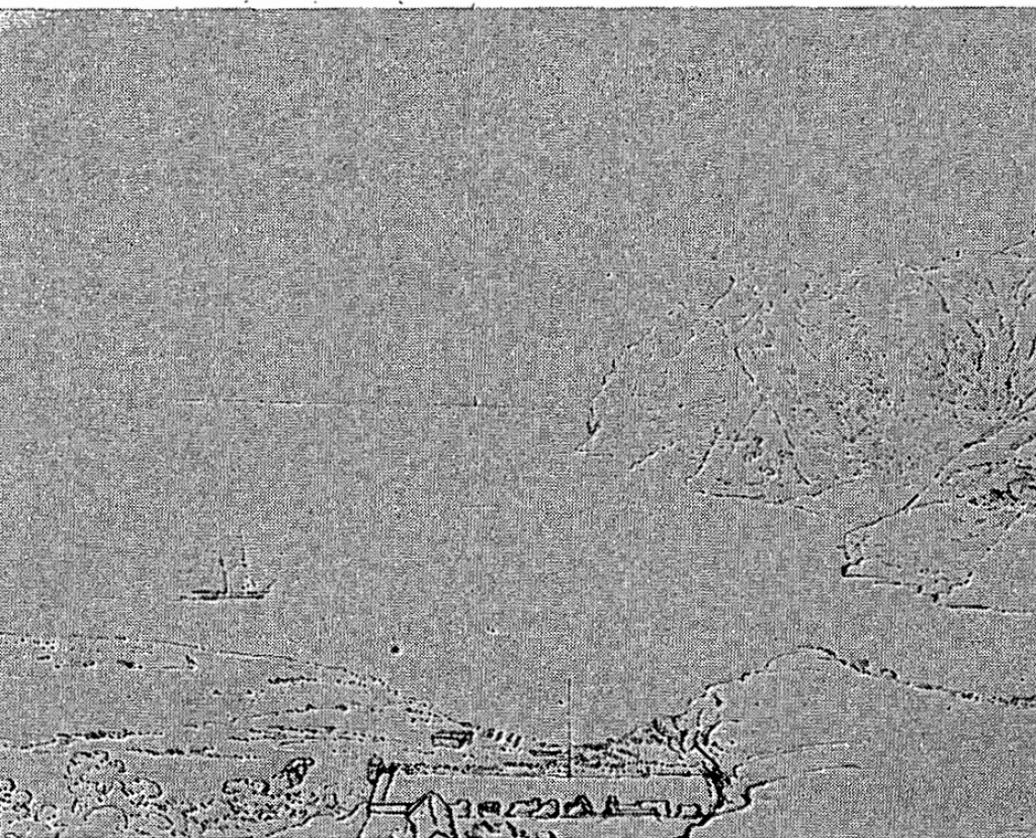
De regreso entra en contacto con los aborígenes, aún numerosos en la zona, que danzaban frente a la iglesia de La Merced.

Regresa a Santiago al filo de las fiestas de aniversario de la Independencia, ocasión que le permite entrar en contacto con las personalidades chilenas y tomar parte en las ceremonias que le son ya familiares. En casa de la familia Cotapos ha aprendido a bailar el *Cuando*, al son de los versos:

*Anda, ingrato que algún día  
con las mudanzas del tiempo  
llorarás como yo lloro  
sentirás como yo siento.*

De las funciones de teatro nos ha dejado una curiosa descripción tanto del contenido de las obras representadas como de los actores, que hablan —explica— “con voz muy clara, pero sin expresión” y parecen repetir una lección de memoria.

Pero no sólo la naturaleza, el paisaje y las costumbres atraen la renovada curiosidad de María Graham. Quiere también conocer a los hombres, a los actores de ese drama dinámico que es para ella la Independencia nacional. No tiene, sin duda alguna, la imparcialidad necesaria para aquilatar fría y objetivamente a los personajes. María Graham ve la política a través de los ojos de Lord Cochrane, cuyo hechizo varonil forma el trasfondo sentimental de su *Diario*. “Si bien no es buen mozo Lord Cochrane —escribe— tiene una expresión de superioridad que, desde que se le ve induce a mirarlo una y otra vez. Su expresión varía conforme a los sentimientos que pasan por él, pero por lo general,



DESDE VALPARAÍSO. Aguada de María Graham



CAPILLITA DE LOS BAÑOS DE COLINA. Aguada de María Graham

su aspecto es de benevolencia. Cuando rompe su silencio habitual, su conversación es rica y variada; clara y animada cuando trata de asuntos relacionados con su profesión. Si alguna vez he conocido el genio puedo decir que en Lord Cochrane es sobresaliente”.

Esta estrecha relación de amistad con el Almirante y su grupo devoto, le impide ver claro en las incidencias a que dio lugar la Expedición Libertadora del Perú, hazaña militar y marítima con que el Gobierno de Chile quería dar un golpe definitivo a la dominación española en América y en cual invirtió con generosidad los caudales del erario e hipotecó a los ciudadanos, en espera de una rápida decisión bélica. Este contacto absorbente con el medio ambiente da inseguridad psicológica a las semblanzas de los personajes criollos que María Graham veía a su alrededor empeñados en nobles faenas patrióticas. El retrato del General San Martín, aunque hábil en la pintura física, es desmedido en lo moral, y atribuye al héroe de Los Andes (ser humano por lo demás) sentimientos y móviles que rectificó el historiador argentino Teodoro Caillet-Bois<sup>6</sup>. “Los ojos de San Martín —dibuja la viajera— tienen una peculiaridad que había visto sólo una vez, en una célebre dama. Son oscuros y bellos, pero inquietos; nunca se fijan en un objeto más de un instante, pero en ese momento expresan mil cosas. Su rostro es verdaderamente hermoso, animado, inteligente, pero no es franco. Su rápida manera de expresarse suele adolecer de hostilidad; sazona a veces su lenguaje con dichos maliciosos y refranes. Conversa con gran fluidez y discurre sobre cualquiera materia”. María Graham no se detiene en la superficie de los rasgos, quiere ahondar esta semblanza de “uno de los hombres más notables de Sudamérica”, pero exagera las tintas y cae aún en lo caricaturesco.

<sup>6</sup>T. Caillet-Bois: *La extraña tertulia de Mrs. Graham*. Separata de “Contribuciones para el estudio de la Historia de América”. Homenaje al Dr. Emilio Ravignani. Buenos Aires MCMXLI.

En el retrato de O'Higgins incurre también en demasías conceptuales, en parte debido a esa tendencia a lo Plutarco, de las vidas paralelas, de los padres de la patria que ha perjudicado tanto a O'Higgins como a Carrera. En lo físico lo describe así: "el director vestía como de costumbre, su uniforme de general; es bajo y grueso, pero muy activo y ágil; tiene ojos azules, cabellos rubios, tez encendida, y sus facciones algo toscas no desmienten el origen irlandés; al mismo tiempo sus pies y manos son pequeños, signos de su procedencia indígena... él es modesto, llano, de modales sencillos, sin pretensiones de ninguna clase. Si ha realizado grandes hechos, los atribuye a la influencia del amor patrio que, como él dice, puede inspirar a un hombre corriente los más nobles sentimientos".

Por la familia Carrera fue grande su aprecio; siente admiración por José Miguel, cuya ausencia la angustia. Además de las palabras cariñosas que reparte en su *Diario*, insertó como apéndice a su libro el estudio de Williams Yates sobre José Miguel Carrera, omitido en las ediciones hispánicas y que publicó en Buenos Aires, José Luis Busaniche<sup>7</sup>.

Las últimas semanas de la permanencia de María Graham en Chile son de extraordinario suspenso y emoción. El 25 de septiembre de 1822 se aleja de Santiago en la diligencia del empresario Loyola en una elegante calesa que no escapa a su curiosidad de dibujante. En Valparaíso el ambiente político estaba caldeado al rojo vivo. La falta de recursos del erario impedía el pago de los sueldos de la marinería de la flota nacional. Estos rumores llegan acrecentados a la tertulia de María Graham que ha abierto su casa a las amistades porteñas. El regreso de San Martín, después de la misteriosa entrevista de Guayaquil, le permite conocer al general. Se entusiasma cívicamente con la proclamación de la

<sup>7</sup>José Miguel Carrera por William Yates (1820-1821). Traducción, prólogo y notas de José Luis Busaniche. Buenos Aires, 1941.

nueva constitución política, la que extracta y comenta en su *Diario*. Además de estas preocupaciones tiene tiempo para reanudar sus vagabundeos botánicos por los cerros y quebradas de Valparaíso. La naturaleza penetra en ella por todos los sentidos, además del olor y el sabor de las cosas fundamentales vivió en el mundo de las formas. En las noches al escribir presurosa sus impresiones cotidianas, deposita junto al manuscrito los contornos que ha captado su pluma o su lápiz o la técnica de la acuarela, que maneja con soltura espontánea dentro de la tradición británica. Estas sensaciones se transforman así en instantáneas artísticas y representan lo que la fotografía entre los turistas contemporáneos, con la diferencia que en sus dibujos se afirma su personalidad. Desde el simpático mirador de su residencia enmarca el paisaje de Valparaíso en una perspectiva agraria, en que el campo parece dominar el océano, que se vislumbra ondulante a través de unos álamos esbeltos, que hacen juego con los diminutos mástiles de la lejana perspectiva marítima. Hay en sus dibujos indicaciones arquitectónicas, pero es el parrón con sus pámpanos lo que atrae de inmediato la vista. Son las vistas campestres las que despliegan en mejor forma su pericia de acuarelista. De sus giras a Laguna Verde se conservan dos evocativas imágenes: la una definiendo la nota humana de los ranchos; la otra de paisaje desnudo en que la confluencia lacustre y marina está hábilmente captada en el cintillo de verdura que enmarca la vista panorámica.

El mar tampoco está ausente en su temática, sea de perspectiva de horizonte infinito en su vista del Puerto desde lo alto de la Iglesia Matriz, o en la finura oriental de la bahía que recorta con poética gracia.

La vida social de la viajera se intensifica con el regreso de Lord Cochrane que la obliga a repartir su tiempo entre la lujosa tertulia de Lady Cochrane en Quillota y el parco imperio del almirante en Quintero, en esa residencia, que su lápiz nos trans-

mite, es que vemos la transición entre la cabaña de campo y la casa funcional de veraneo. Hay en estas peregrinaciones episodios curiosos como ese paseo en el primer buque a vapor llegado a nuestras costas, el *Rising Star*, gira que debió ser muy comentada en esa época: "una pieza de la máquina se descompuso por estar mal ajustada, de modo que el viaje quedó interrumpido precisamente al enfrentar Quintero. Por unanimidad los viajeros decretaron seguir adelante, confiando en que la marea los llevara a puerto, pero de improviso se vino encima una noche pavorosa, fría y nublada. El vaivén de las olas y las libaciones de cerveza inglesa provocaron el mareo general. La aventura terminó al día siguiente con el regreso a Valparaíso". Aquí en Quintero, María Graham instala la prensa litográfica traída por Lord Cochrane y ayudada por el simpático pintor neogranadino José Carrillo edita en inglés y castellano las proclamas libertarias del Almirante. Los viajes a Concón, a través del fundo de la familia Carrera, germen de Viña del Mar, le mostró la peculiaridad del paisaje de la costa de Chile, cuyos cálidos colores, lo distinguen, en opinión de María Graham, de todo lo que había visto anteriormente. En Concón conoció el establecimiento cuprífero que había montado su compatriota John Miers.

No es todo placidez en este cuadro semiidílico de su estada chilena, María Graham supo también de la miseria que diezaba al pueblo en los ranchos insalubres. Su visita a La Rinconada la hace exclamar: "jamás he visto un caserío más miserable. Me avergoncé de las frases de compasión que se me habían escapado. Si no puedo mejorar su condición, ¿para qué despertar en ellos el sentimiento de su miseria?".

Esta fecunda tranquilidad de espíritu fue interrumpida por la acción demoledora y terrible de la despiadada naturaleza física. El 20 de noviembre de 1822, "la loca angustia telúrica" estremeció a los habitantes de Valparaíso y sus contornos. El terremoto en su ola sucesiva de catastrófica secuencia destruyó el

puerto y sus alrededores, en medio del terror colectivo. Son días angustiosos que impiden toda actividad humana, pero en medio del conflicto, María Graham conserva su calma británica y mientras en frases breves y sugerentes da cuenta de la catástrofe, encuentra el tiempo necesario para explicar científicamente el por qué de estos fenómenos. Pese a esta conmoción el viaje de regreso estaba decidido. El buque *Colonel Allen* acoge a bordo a esa pequeña pléyade de hombres de acción que con tanta fortuna van a intervenir en favor de la causa de la independencia del Brasil.

En el mes de marzo de 1823 comienza la segunda estancia de María Graham en el Brasil. Vive en contacto esta vez, como lo afirma su biógrafo Rodolfo García, con la mejor sociedad fluminense, lo que le permite entrar en contacto con la familia imperial y ofrecer sus servicios a la Emperatriz Leopoldina para hacerse cargo del cuidado de la Princesa María Gloria. En carta de 13 de octubre explica los motivos que la mueven a solicitar este puesto: "pido licencia y aseguro a V. M. Imperial que mi más grande ambición sería llegar a ser gobernanta de los príncipes del Brasil. Perdóneme si hablo de mí misma, pero mi más querido o mejor dicho mi única amarra terrenal se perdió con la muerte de mi excelente y amado esposo en el viaje entre Río de Janeiro y la costa de Chile. Me gustan mucho los niños y dedicaré todos mis pensamientos al cargo si me fuese confiado, y ahora con mayor ardor porque no tengo nada que me impela a dividir mi corazón o mis pensamientos"<sup>8</sup>.

Preparándose para esta delicada función de pedagogía social partió María Graham de regreso a su patria a bordo del paquebote inglés *Chichester* el 23 de octubre<sup>9</sup>. En Londres ade-

<sup>8</sup>Rodolfo García: *María Graham no Brasil en: "Anais da Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro"*, Vol. LX (1938), Rio de Janeiro, 1940, p. 9.

<sup>9</sup>Gustavo Opazo Maturana: *Lady Cochrane en Chile*, Boletín de la Academia Chilena de la Historia, x. Nº 25, 1943, habla de la rivalidad social de María Graham y Lady Cochrane en el Brasil.

más de las técnicas del aprendizaje, tuvo que enfrentar la viajera la difícil tarea de la publicación de sus libros, *Journal of a Residence in Chili during the year 1822 an A voyage from Chili to Brasil in 1823*, obras que salieron encuadernadas en un solo volumen y golpearon la tensión del público inglés, provocando merecidos elogios y despiadadas críticas.

Esta acogida a un libro significaba en el fondo la recepción intelectual en el mundo de las letras de un continente hasta ese momento lejano, exótico y aun semibárbaro que se enderezaba orgullosamente sobre sus sólidos pies para entrar en diálogo directo con sus mayores del Viejo Mundo. Nada más sintomático de esta nueva reacción de la opinión pública que el largo ensayo que en 1824 dedicara a obras sobre Chile la prestigiosa revista *The Quaterly Review*<sup>10</sup>. Comentando los libros de viaje de Peter Schmidtmeier, del Capitán Basil Hall y el de María Graham el articulista traza un sombrío cuadro del desarrollo de Chile en el pasado y en el presente y un juicio sociológico adverso sobre su estructura social. Apoyándose en la clásica visión del P. Ovalle, del Abate Molina y de Vidaurre —conocidos por oportunas traducciones al inglés— el cronista se pregunta ¿qué acción había resultado de esas auspiciosas premisas naturales? Allí donde María Graham expone con sencillez el cuadro doméstico de la vida familiar, el articulista encuentra: "grosnens of maners". No cree tampoco en la conversación refinada de un pueblo, a su juicio, analfabeto. El sentimiento aristocrático que la ilustre viajera cree haber encontrado en las capas sociales dominantes son rebatidas por el crítico, que no concede ninguna beligerancia a un país regido por los "herdmens".

En vano María Graham defiende con pasión su punto de vista favorable a nuestro país, pero el silencio general de la prensa es la respuesta del ambiente. A lo más se apunta el nom-

<sup>10</sup>The Quarterly Review. Vol. xxx, octubre, 1823-enero, 1824, London, 1824, pp. 440-472.

bre de su obra entre los libros aparecidos y su defensa de Lord Cochrane, por entonces alejado de Inglaterra, se considera de mal gusto. La autora, sin embargo, tiene sus ojos vueltos hacia el continente americano. Recuerda con cariño a Chile y al Brasil y en carta a la Emperatriz María Leopoldina, aseguraba, "que nada podía hacer desmerecer la viva amistad y la estima que os tengo".

En el mes de septiembre estaba de regreso en Río de Janeiro después de un largo viaje de cincuenta días a bordo del buque inglés *Reinald*, vía Madeira, Tenerife, Pernambuco y Bahía. La demora se debió al bloqueo de la costa por la escuadra imperial, comandada por Lord Cochrane. Sobre este episodio apuntó María Graham curiosas observaciones aprovechadas más tarde por el historiador Oliveira Lima<sup>11</sup>.

Al desembarcar tuvo la grata sorpresa de ser recibida personalmente por el Emperador, quien cariñosamente le indicó la manera de ponerse en contacto personal con la Emperatriz. Fue alojada en una *suite* de siete pequeños cuartos vecinos a las habitaciones reales. Una sincera amistad se estableció entre la gobernanta y la joven princesa, muy atenta a sus lecciones. Pero los meses palaciegos de María Graham fueron tristes y melancólicos. La colonia inglesa no perdona su franqueza excesiva y en la corte se tejen las más refinadas intrigas para desprestigiarla. Aunque se captó la amistad de la Emperatriz y de la joven princesa, los vagos rumores malidicentes determinaron el alejamiento de María Graham de la corte. El 10 de octubre de 1824 cesaron sus funciones de gobernanta.

Permaneció, sin embargo en Río de Janeiro hasta septiembre de 1825. A las labores pedagógicas suceden ahora agitados días de creación literaria, científica y artística. Escribe la introducción al libro de viaje de Lord John Byron. Se defiende en cartas a

<sup>11</sup>Anais da Biblioteca Nacional, ya citado, p. 13.

sus editores de los ataques de la *Literary Gazete* y *Quartely Review*, artículo que según su pensamiento había sido escrito únicamente "con el propósito de ridiculizar a un pueblo que trata de ser libre y agregar un insulto más al hombre que no tiene más defecto que el haberse enrolado en las filas del Partido Liberal"<sup>12</sup>.

Parece que la intensa luz brasileña ha reanimado sus instintos artísticos. En la serie de acuarelas, dibujos a la pluma está lo más logrado de su producción. Van más allá que el mero intento ilustrativo. ¡Qué hermosos se recortan los árboles fluminenses! ¡Qué evocativos son los esbozos arquitectónicos que con delicadeza hace resaltar sobre la hermosa bahía de Río de Janeiro! La finura del arte se equilibra con la precisión de la ciencia en sus estudios de la botánica brasileña y colecta y herboriza multitud de plantas que van a figurar en la clásica obra de Martius, *Flora Brasiliensis*.

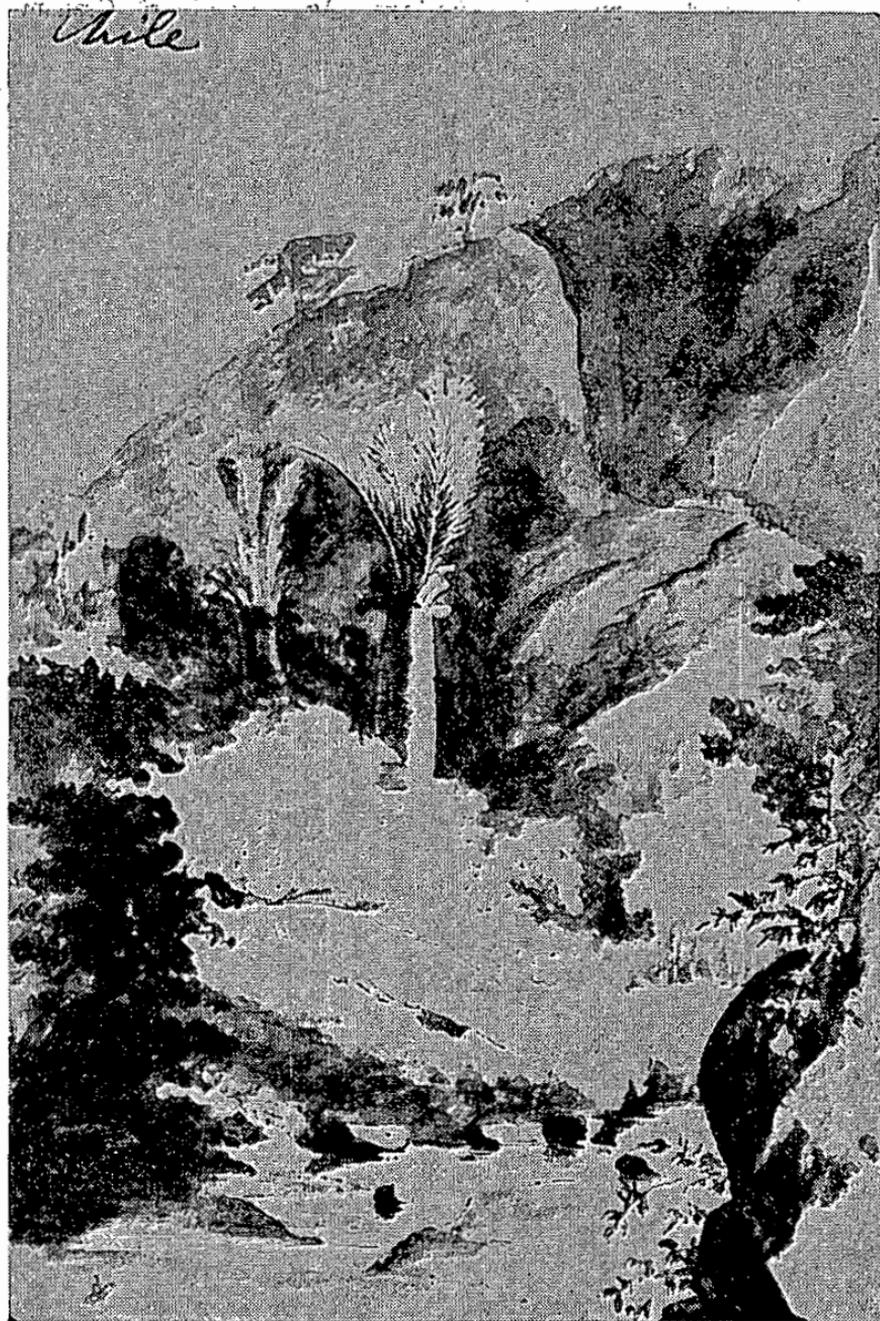
María Graham carácter vehemente, impulsivo que estallaba a veces en cólera, estaba en paz consigo misma. No hay resentimiento en sus últimas jornadas brasileñas, y así más tarde al trazar una aguda semblanza de don Pedro I, la acompaña con juicios bondadosos para la Emperatriz y su hija Gloria, su recordada pupila

En 1826 está de nuevo en Londres entregada a las faenas literarias. Da fin a la penosa publicación de los papeles del Capellán Mr. Richard Bloxman, que publica bajo el título de *Voyage of H. M. S. Blonde to the Sandwich island, Capitain the right hon. Lord Byron, commander*, libro que provocó múltiples protestas en los Estados Unidos por el violento ataque que contiene contra la labor misionera en los mares del sur. Su espíritu de polemista es incansable. Poco después el Secretario de la Sociedad Geológica de Inglaterra, Mr. Greenough, ataca las consideraciones cien-

<sup>12</sup>Rosamund Brunel Gotch, María: *Lady Calcott*; ya citada, p. 244.

UNA CALLE DE SANTIAGO DE CHILE. Aguada de María Graham





CAMINO A VALPARAÍSO. Aguada de María Graham.

tíficas de María Graham sobre el origen del terremoto de Chile de 1823. Los amigos querían intervenir en su favor, a ellos les respondió: "Quedaos quietos, soy capaz de pelear mis propias batallas". Y así lo hizo, por medio de una carta dirigida al Presidente y a los miembros de la Sociedad Geológica<sup>13</sup>.

En el otoño de 1826, en un interludio entre la publicación del mencionado diario, y una *Breve Historia de España*, cambió de residencia, instalándose en Kensington para vivir cerca de su tío Augustus Wall Calcott, distinguido pintor británico. Tenía éste su taller en el Mall donde vivía acompañado por su hermano, músico de calidad. Augustus, alumno de Hoppener, estaba considerado como uno de los paisajistas más preminentes de esta época. Era miembro de la Royal Academy e ídolo de la juventud, a la que protegía generosamente. Los críticos se referían a su personalidad bautizándole como el Claude Lorena inglés y sus cuadros y grabados se cotizaban a grandes precios. En 1837 con ocasión de la subida al trono de la Reina Victoria había sido nombrado Lord de Inglaterra.

El 20 de febrero de 1827, María Graham contraía matrimonio con el bondadoso pintor. Tenía ella cuarenta y dos años y él cuarenta y siete. Acariciaban los mismos ideales artísticos y tenían la holgura necesaria para vivir una vida placentera.

En carta a la Emperatriz Leopoldina, fechada 2 de noviembre de 1827, le explica su matrimonio: "Estando cansada de vivir sola en este mundo me decidí a casarme nuevamente... el hombre que escogí es un pintor, y no han faltado parientes que hablen de *mesaliance*. ¡Qué tontos! Cuando se tiene un honesto nacimiento y talento superior, probidad y voluntad, esto vale más que el privilegio de llamarse prima de ciertos lores que ahora están enojados conmigo. Se llama Calcott y es un hombre her-

<sup>13</sup>María Graham: *A Letter to the president and Members of the Geological Society in Answer to certain observations contained in Mr. Greenough's anniversary address of 1834*. London. T. Brettel, 1834, VIII. 16 págs.

moso de cuarenta y siete años y me ama mucho y me ama desde hace mucho tiempo"<sup>14</sup>.

El viaje de bodas por Alemania, Italia, Austria y Francia, fue largo e interesante: el arte, la música y las actuaciones sociales en refinados ambientes, ocuparon los doce meses de este vagabundeo intelectual por Europa.

Al regresar a Londres iniciaron la feliz vida conyugal en el hermoso hogar de Kesington Gravel Pits. Su círculo de amigos era selecto y envidiable, pintores, músicos, damas de sociedad se daban cita en animada tertulia. La correspondencia era exhaustiva. Sir Augustus estaba entregado a las incesantes solicitudes de su pintura. María Graham sumergida en su obra literaria para la famosa editorial de John Murray. Traducciones sobre la historia de Turquía; su historia de España; preparación de manuscritos para el futuro. En 1831 se interrumpió la vida vagabunda de María Graham, al regresar de una gira por Italia sufrió la ruptura de una arteria vital que la dejó inválida para el resto de su vida. Supo sobreponerse a esta desgracia por la vía de la creación literaria. En 1834 daba a la luz pública su famoso libro *Little Arthur's History England*, aclamado como uno de los libros infantiles más eficaces y agradables para el conocimiento de la historia inglesa. Poco después imprimió privadamente su acabada descripción de la Capilla de la *Annunziata dell' Arena*, con los grabados de su marido del Giotto que contiene la llamada Capilla del Scrovegni, de Padua. Y sucesivamente salieron de su pluma la *Histoire de France du petit Louie*, las dos series de sus ensayos sobre la Historia de la Pintura; su artículo sobre Shakespeare; su prefacio a una nueva colección de dibujos de su marido.

Se mantuvo inalterable: honesta y sincera, violenta y a veces agresiva, absorta en el estudio del arte y de la naturaleza, apasio-

<sup>14</sup>Correspondencia entre María Graham y la Emperatriz doña Leopoldina, en Anais da Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro, p. 58. No llegó a manos de la Emperatriz.

nada por las flores. Hábil dibujante que supo trazar el contorno de lo que veía desplegar ante sus ojos, escritora agradable que en estilo sencillo directo y simple pudo relatar la extraordinaria aventura que fue su existencia, la que terminó en la placidez de la felicidad, el 28 de noviembre de 1842, en la residencia de Kensington Pits. El mundo había cambiado de ropaje histórico, y muchos de esos parajes agrestes e idílicos en que la existencia parecía emanar de la naturaleza misma de las cosas habían desaparecido, como aquella existencia patriarcal de Chile, que eran tan sólo un vago recuerdo de sus años juveniles, ese *temps retrouvé*, que dejaba como valioso aporte a la literatura de viajes.

